

«¿Qué horcas eran dellas ocupadas,
Que jaulas de cabezas bastecidas,
Que de soberbias casas abatidas
Y por su corrupcion de sal sembradas;
Que prósperas haciendas confiscadas,
Que plagas de las honras y las vidas,
Castigo merecido y justa pena
Del que contra su rey se desenfrena!

«Con esto, ¡qué clamores, qué gemidos
Lanzaban de dolor mujeres bellas!
Parece que punzaban las estrellas
Sus penetrantes voces y alaridos;
Las bien casadas, ya por sus maridos,
Ya por sus caros padres las doncellas,
Al aire trenzas de oro repartian,
Y bellas manos cándidas torcian.

«Crece la pena, el daño y el tormento,
Las lástimas de verlo aprieta crecen,
Los niños y las madres enternecen,
Moviendo los penascos de su asiento;
Al suelo, al aire, al fuego, al firmamento
Esponjan, rasgan, quemán, estremecen
Con llantos, voces, gritos, peticiones
Sus ojos, lenguas, pechos, corazones.

«Y aunque es verdad que el duelo se templaba
Con ver la calidad del maleficio,
Adonde la justicia de su juicio
Ni su nivel un punto se apartaba;
Con todo sé decir que no dejaba
El tierno corazón de hacer su oficio,
Y mas las que de suerte lo tenemos
Que de cualquiera cosa nos dolíamos.

«Mas dado que todo me dolía
Y derramaba lagrimas por ellos,
Cargando sobre mí la pena dellas,
Como la que del mal también sabía;
Ninguna cosa mas me enternecía
Que ver, como lo vi, morir entre ellos
Un viejo que acusaron por alevé,
Mas blanco ya que el copo de la nieve.

«Mas ¡que cayese aquel en ser perjuro,
Estando en lo postrero de su vida!
¿Quién esperara entonces tal caída?
Pero cayese el triste de maduro;
¡Oh frágil ser humano mal seguro,
Pues en tu breve término y medida
No hay hora, cuanto y mas edad, segura,
Que verde se corrompe y aun madura!

«Quedaba el infelice viejo cano,
Después de estar decrepito, corruído,
Porque maduro bien se pudre el fruto
Si, en viendo que lo está, no le echa mano;
¡Oh muerte! aquí era bien llegar temprano,
Pues si vinieras antes un minuto,
El fuera en su sazón por ti cogido,
Y no del pie del árbol ya podrido.

«Mas estas, Parca, son tus mañas viejas,
Que para quien te espera nunca asomas;
Lo que era bien dejaras, eso tomas,
Y lo que bien tomaras, eso dejas;
Bien que en el fin á todos emparejas,
Mas ¡no será mejor que siempre comas
Del fruto en su sazón y no en su verde
Ni cuando de guardado se nos pierde?»

«Como el tembloroso viejo se perdía,
Estando á vista ya de la posada,
Por solo que al salir de su jornada,
Se descuidó en torcer la recta vía;
Pues como tal castigo se hacía,
La tierra al fin quedó tan afrentada
Y tan escarmentados sus vestiglos,
Que se gozaba en paz por largos siglos.

«Estaba cuanto digo ejecutado
Antes que don Francisco allí viniese,
Que como á la Puná llegado hubiese,
Daba noticia dello á don Hurtado;
De donde se volvió por su mandado
Haciendo que la gente se estuviese,
Mas que pasase á Quito parte della
Para lo que quisiese Arana en ella.

«Yo, que en admiración me arrebataba
De ver cesar de golpe tanto estruendo,
Estaba preguntándome, durmiendo,
Si aquello era verdad ó lo soñaba;
Que visto cuan á canto el reino estaba
De ser ceniza, al paso que iba ardiendo,
Era para causar espanto sumo
Que fuego tal se fuese todo en humo.

«¿Quién, viendo tanta máquina y quimera
Con tan soberbias torres levantadas,
Y el cúmulo de cosas marañadas
Venirse á deshacer en tal manera,
A ley de buen discurso no dijera
Como eran cosas mas para soñadas,
Segun el alboroto y el ruido,
Solo con despertar desvanecido?»

«Y así por una parte juzgo cierto
Ser sueño lo que deste Apó he contado,
Pues mal pudiera estándose sentado
Apaciguar tan bravo desconcierto;
Aunque por otra el ver con qué concierto
Y distinción me fué representado,
Me obliga y hace fuerza en que lo crea,
Dado que vanidad y sueño sea.

«Al menos una cosa en esto hallo,
Que si, como me dan sospechas dello,
Saliera el joyen cejebre con ello
Y su valor viniera á secutallo,
El modo y proceder en revelallo
Habrá seguido el orden de hacello,
Pues lo que fuera sueño en el obrarse
Por sueño habrá venido á declararse.»

«Con esto dió la bárbara hermosa
Remate, conclusión y finiquito
Al cuento ó cuentas frivolas de Quito,
Que no debió de serle fácil cosa;
A mí me ha sido bien dificultosa,
Por ser de cuanto falta y queda escrito
El reventon mas áspero y fragoso,
Estéril, intrincado y peligroso.

«Talgüeno, que de gozo en sí no cabe,
«La cosa, dice, en esto mas extraña
Es que saliese un hombre á pura maña
Con hecho tan difícil cuanto grave;
Ninguna es bien que tanto se le alabe
Como el haber deshecho tal maraña
Con mano tan sutil y tal estilo
Que no se le quebrase un solo hilo.

«¿Qué médico tan médico supiera
Hacer que una postema tan hinchada,
Ya por algunas bocas reventada,
Con bien de la salud se resolviera,
Y sin que sangre ó fuego interviniera,
Ni punta de lanceta ni lanzada,
Quién la dejara limpia y tan vacía
De cuanta corrupcion en sí tenía?»

«Con gran ventaja pienso yo que excede,
Y no hay para qué en ello se litigue,
Lo que por arte y maña se consigne,
A lo que la absoluta fuerza procede;
Pues el saber del ánimo procede,
Mas el vigor al cuerpo solo sigue,
Por donde tanto mas la industria vale
Cuanto es mejor la causa de do sale.»

«Yo, dice Tucapel, no tomo en cuenta
Las trazas ni los medios estudiados,
Que se los dan los hombres asentados,
Mirando desde el puerto la tormenta;
Que Arana se pusiese con cincuenta
Al golpe de dos mil determinados,
No siendo en ayudalle Tucapelo,
Eso es para asombrar á tierra y cielo.

«Y para mí, mas pienso que hacía
En esperar que el pérfido viniera,
Que si saliendo acaso, le rompiera
En parte que excusallo no podía;
Pues mucho mas arguye de osadía
El que de intento al bravo toro espera,
Que quien sin intentar ponerse al trance
Hace necesitado algun buen lance,

CANTO XVII.

Llega Pilcoeur á la majada, enviado por Caupolicán, en busca de Tucapel y Talgueno. Dale cuenta de la batalla de Biobío, refiriendo la arenga y persuasión que Galbarino hizo al Senado, mostrando sus cortadas manos, y cómo á causa desto había resultado en todos nueva indignación para hacer la guerra, aborreciendo todo lo que oliese á medios de paz. Descúbrese el encubierto bárbaro Molchen con el secreto de su nacimiento; ofrece Guemapu á su hija Llaera para que declare el sueño.

Do falta variedad, con frásis llano
Cualquiera compostura desagrada,
Que el obligado vale solo enfada,
Si no se mezcla el resto á cada mano;
Si por quebradas vais, queréis un llano,
Y si por mucho llano una quebrada,
Por dar en rostro un modo de camino,
Y aun el faisán comiéndose continuo.

Si todo fuera Chile ensangrentado,
O turbación y estrépito de Quito,
O fabulas de amor, fuera infinito
Un duro estilo y método cansado;
Mas ir de todo junto entreverado,
Engaña y entretiene al apetito,
Que el blanco de su gusto tiene puesto,
Cual dicen, en picar de aquello y desto.

Pues yo que voy siguiendo historia larga,
Si nunca me apartase de un sendero,
¿Qué cuerpo bruto, qué ánima de acero
Pudiera tolerar tan grave carga?
Que como la verdad desnuda amarga
Si no la viste el blando lisonjero,
Así cualquiera historia sale fea
Si con la variedad no se hermosea.

Y no hay para que nadie diga que esta
En escritura auténtica no cabe
Porque su autoridad se menoscabe,
O porque en opinión la deje puesta;
Pues va mas adornada y mas compuesta
La dama cuando tiene mas de grave,
Que sin adorno falta el aire y brio,
Y la materia en carnes tiene frio.

No faltarán primeras intenciones
Que juzguen esta traza no por buena,
Mas esto no me da ninguna pena,
Pues bien sé yo que en todo hay opiniones
Y mas diversidad de condiciones
Que granos en el médano de arena,
Y que estos aun es fácil que se cuenten,
Respeto de que aquellas se contenten.

Yo quise, sin que nadie me llevara,
Echar por esta parte mi carrera,
Y sé que así que así lo mismo fuera
Cuando por otro rumbo navegara;
Mas ya me vuelvo á Chile, patria cara,
Que ha mucho que sali de su ribera,
Andando vagaroso y peregrino
Por mal abierto y áspero camino.

Sosiegue Quito y salten los pastores
De ver en su mastín la llaga cruda,
Porque es la historia llana imagen muda,
Que habla si la pintan de colores;
Y porque para tantos mordedores
Es menester un perro, y aun de ayuda,
Y recogerse el hombre á las majadas,
Huyendo de su corte y navajadas.

Aquí, Señor, me pienso estar un rato,
Por ver en lo que para el alboroto,
Que á sitio tan pacífico y remoto
No deja de llegar algun rebato;
Visto el pastor la guarda de su hato,
Entrar corriendo sangre, un muslo roto,
Airado salta y sale del pajizo
Para dañar al que este daño hizo.

Mas ve que viene un indio de corrida,
Parece que en alcance del resuello,
La cara polvorosa y el cabello,
Mas triste que un amante de partida;
Con su listada manta retorcida,
Atravesada al cuerpo desde el cuello,
Y de sudor brotando gruesas gotas,
Que corren de la frente a las ojotas.

Carcax de piel de tigre variado,
Que las plumosas flechas encerraba,
De los robustos hombros le colgaba,
Sonando ya de aquel, ya deste lado;
Y el arco mas que grana colorado,
Que la nervosa cuerda sujetaba,
A quien su dueño solo daba vuelo
Para clavar las jaras en el cielo.

Desta manera el bárbaro venia,
Y a medio trote, paso desta gente,
Al cual camihan todos largamente
Tres veces cuatro leguas en un día;
Talgueno conocerle ya queria,
Mas, porque le estorbaba el sol de frente,
La mano, como suelen, puso en ella,
Para favorecer la vista della.

Reconoció mirando, y satisfecho
De que era Pilcotur, su primo hermano,
Desarrimó la frente de la mano,
Y dióse un golpe súbito en el pecho;
Tras esto, adelantándose algun trecho,
Se parte a recibir al araucano,
Que luego fué de todos conocido
Y con solemne aplauso recebido.

Mas él, maravillado, se traspuso
De ver al que juzgado habia por muerto
Ya surto en el vital y dulce puerto,
Sin que supiese como allí se puso;
Y no quedó Talguen menos confuso
De haber en tal paraje descubierta,
Sin entender el fin a que venia
El que de sus parientes mas queria.

En esto ya en la casa de occidente
Molduras de oro fino se labraban,
Que con su resplandor manifestaban
Querer entrar en ella el sol fulgente;
El cual sus ojos puestos en oriente,
Que solos sobre el agua le quedaban,
Y haciéndole un humilde acatamiento,
Se retiraba al húmedo aposento.

Apenas hubo puéstose Timbreo,
Cuando la madre triste de Megera
Echó con libertad el cuerpo fuera,
Que tuvo en su depósito Neréo;
Y en prendas ó señal de su trofeo
Enarboló su lóbrega bandera,
A cuya sombra está la compañía,
Que por su mal obrar desama el día.

Recógense á la choza todos luego,
Adonde refriendo á lo que viene
El mensajero, atónitos los tiene,
Y helados, aunque estaban junto al fuego;
Espántanse de oír tan duro juego
Y la sangrienta lucha tan solene,
Que así manchó de almágre el atavío
Y venerables canas de Biobío.

Tres horas, dice el Indio, peleamos,
Con suspension igual de la fortuna,
Hasta que de la próxima laguna,
Ya faltos de vigor nos abrigamos;
Do tanto los ahientos refrescamos,
Que sin poder velle fuerza alguna,
Al Español ufano retrujimos,
Y por sus pabellones le metimos.

Mas luego por el mucho esfuerzo y maña
Que el beligoso jóven supo darse,
El campo nuestro vino a retirarse,
Perdiendo parte dél con la campaña;
Y aunque esta al fin quedó por los de España,
Bien poco les quedó de que alabarse,
Pues de vencer llevaron solo el nombre,
Dejando mucha sangre con un hombre.

Con todo, fueron pérdidas dispares,
Pues tanto les creció la fuerza y brios,
Que si ellos de la suya hicieron rios,
Nosotros de la nuestra hicimos mares;
Por donde ya sin almas, á millares
Andaban sobre agudos cuerpos frios,
Bebiendo cuanta sangre allí podian,
Segun la sed que della padecian.

Allí rindió Manco al duro lado,
Su espíritu y valor jamás rendido,
Allí, sin que pudiera ser valido,
Quedó del suyo Guépoco privado;
Oh triste sol infausto y desdichado,
Que viste allí un estrago tan crecido,
Y mas infausto yo, pues gozo aliento,
Estándome la muerte mas á cuento!

Si entre ellos me la diera el cielo esquivo,
Oh cómo para mí se hubiera abierto!
No porque yo quisiera, siendo muerto,
Salir de cuanto mal padezco vivo,
Pues este ya no fuera buen motivo
A un hombre en las desdichas tan experto,
Sino porque siguiéndolos en muerte,
Participara yo su buena suerte.

Si vierades, indómicos guerreros,
Los daños que yo vi (¡nunca los viera!
Aunque ninguno fué de tal manera
Como no ver allí vuestros aceros),
Pues nunca, si pudiera entonces veros,
Arauco á tales términos viniera,
Ni usaran de sus pies los araucanos,
Teniendo de la suya vuestras manos.

A dónde ó cómo habeis estado ausentes,
Gastando en ocio tanta valentía,
Sin ver las fieras muertes de aquel día,
Libradas en amigos y parientes?
En cargo sois, ¡oh pechos eminentes!
A vuestro grande esfuerzo y osadía,
El interés y gloria que ganara,
Si á tanto mal presente se hallara.

Mas aunque muchas cosas hubo, amigos,
Con que moverse un áspide pudiera,
Dejadas todas juntas, yo quisiera
Que de una sola fuerades testigos;
Fué tal, que aun á los propios enemigos,
Helada ya la cólera doliera,
Pues mientras que la herida está caliente,
Aun el que la recibe no la siente.

El caso fué, mas es tan duro el caso,
Que dudo si podre tener aliento
Con que llegar al fin de lo que intento
Primero que el dolor me corte el paso;
Pues yo no soy cortado del Caucazo,
Ni recibí de tigres alimento,
Para que no desmaye en el camino
De tus fragosidades, Galbarino.

Mas yo las pasaré ligeramente,
Por mas que con razon te ofendas dello,
Templándome el pesar que siento en ello
La causa del placer que está presente;
Pues como el triste á vueltas de otra gente
A dura sujecion rindiése el cuello,
Solo por ser la vida á su desgrado,
Fué solo de la muerte reservado.

Envióle del ganado alojamiento
El Español sin manos á su tierra,
A fin de que ella toda y cuanto encierra
Viniese de temor á rendimiento;
Y cuando en general ayuntamiento
Tratábamos las cosas de la guerra,
Contándole por muerto con los otros,
El misero arribó sobre nosotros.

Entró de la manera que venia
Al tiempo que en el inclio Senado,
Sobre seguir ó darse á don Hurtado,
Muchos y varios plácitos habia;
Mas aunque parte dél contradecía
Lo que es rendir el cuello no domado,
Los mas, mirando el público interés,
Eran de parecer que se rindiése.

Estando la consulta en este punto,
He aquí que Galbarino se presenta
Con sola media túnica sangrienta,
Sangriento el rostro, cárdeno y difunto;
Donde, sin alcanzalle el huelgo, junto
Con una voz cansada y tremulenta,
Echó del freno á fuera los troncones,
Y á vueltas de la sangre estas razones:

Si tal injuria y término inhumano
Contra mi honor privado solo fuera,
Y ser comun á todos no entendiera,
Como lo entiende el impio y puro Hispano;
Antes, invicto conclave araucano,
Allá en el centro oscuro me escondiera,
Que haceros de mí acerbo mal testigos,
Por no vengar con él mis enemigos.

Mas como en mí el tirano poderio
Quiere agraviar á todo Arauco junto,
Porque pongais la mira en vuestro punto,
No reparé en quitarla yo del mio;
Que si como de vuestras manos fio,
Tomais el daño destas por asunto
Para querer vengaros y vengarme,
De todo habré venido á desquitarme.

Ejemplo os dan en mí de cruda pena,
Y muestra de rigor en lo que os muestro,
Enviándome á que os sirva de maestro
Por quien sepais venir á la melena,
No viendo que aunque soy cabeza ajena,
Soy miembro principal del cuerpo vuestro,
Y no corrupto, inútil ni dañado,
Para que mereciera ser cortado.

Mirad en el estado que me ha puesto
Ponerme á la defensa del Estado,
Pues yo me estoy cayendo de mi estado
Por solo que él no caiga de su puesto;
Y bien pudiera yo excusarme desto
Si me quisiera dar por excusado,
Porque con mucho menos que hiciera,
A todos, y aun á mí, satisficiera.

Mas nunca se le puso por delante
Su bien particular á Galbarino,
Del vuestro, si, que tuvo de continuo
Acompañado el ánimo y semblante;
Pues con torcer su brazo algun instante,
Nunca viniera el triste á lo que vino,
Pero mirando á vos, por no torcello,
Entrambas manos dió y aun daba el cuello.

Yo puse el pecho al agua y aun al lodo
Por solo el bien que á todos se endereza,
Yo por guardar del golpe á mi cabeza
Le recibí en las manos deste modo;
Yo he vuelto como parte, por mi todo,
Hasta dejar partirme pieza á pieza;
Mirad si es bien que agora de su parte
El mismo todo vuelva por su parte.

Mas si esto no quereis tomar en cuenta,
Fingidme un hombre extraño aquí venido,
Por vuestra fama y nombre conducido,
Para que me vengueis de tal afrenta;
Mirad lo que delante se os presenta,
Mirad mi faz, mi cuerpo y mi vestido,
Mirad aquí mis brazos destroneados,
Y como troncos fértiles podados.

Poned ante los ojos la nobleza
Por vuestros antegénitos ganada,
Y tanto de vosotros sustentada,
Que aun añadisteis codos á su alteza;
Y no vengais agora á tal bajeza,
Cual es dejar su sangre deslustrada,
Si no lavais las manchas de la mia,
Con solo no mostrar la vuestra fria.

Por cuanto sufriréis que España diga,
Y que de vos el nuevo Apó discante,
Que si antes del Arauco fué un gigante,
Agora despues dél es una hormiga;
¿Qué veis en él de nuevo? ¿Qué os obliga
A no llevar el crédito adelante?
Pues no son mas sus fuerzas á lo menos,
Si vuestras voluntades no son menos.

Y si ello fuere así, que nunca sea,
En vano hicisteis obras hazñasas,
Pues sirven de que siendo tan hermosas,
Descubran mas las faltas de la fea;
Y haceis que de vosotros no se crea
Haber llegado al fin tan grandes cosas,
Porque por una mala, justamente
Las buenas son de dueño diferente.

Pesad con vuestro peso lo que digo,
Antes que algun pesar pueda causaros,
Mas desto lo que mas debe irritaros,
Para vengar la injuria del amigo,
Es que imagine el áspero enemigo
Que por temor y mal ha de llevaros,
Y que como á los niños con asombros
La carga ha de poner en los hombros.

De vos ha de tener el vil cristiano
Reputacion tan soez y tan ratera?
¿Quién; ah! pensara; oh cielo! que viniera
A tanta baja el crédito araucano?
A no me haber ganado por la mano
La desta cruda gente por carnícera,
Yo mismo, porque tal no imaginara,
Allí delante dél me las cortara.

Pensais que haberme enviado deste modo
A diferente blanco se endereza,
Sino á que escarmentéis en mi cabeza
Y á que vengais de puro miedo en todo?
¿Pues sufriréis que os ponga tan de lodo
Un mozo que á nacer agora empieza,
Y que por dos batallas que ha vencido
Se trate entre vosotros de partido?

No veis que la fortuna compelida
De su mudable pérdida costumbre
Los quiere encaramar allá en su cumbre
Para que dén allí mayor caída;
Y que les queda poco ya de vida,
Pues lanzan tan de golpe tanta lumbre,
Como la vela que echa llamaradas
Estando en las postreras boqueadas?

Y en los haber así favorecido
Nos hace la fortuna mil favores,
Pues por haceros altos vencedores
Os pone con las nubes al vencido;
¿Qué gloria, me decid, hubiera sido
Vencerlos, si en valor fueran menores?
O cómo se ha de ver el desta diestra
Si el hado no se pasa á la siniestra?

Pues entender, gravísimos varones,
Que vienen estos falsos con intento
De propagar su ley ó sacramento,
Es engañar los propios corazones;
Pues si ella es buena fe, tendrá razones
Con que convenza nuestro entendimiento,
Y no querrá mover las voluntades
Con estas insolencias y crueldades.

Porque es un manifiesto desvario,
Que mas nuestro derecho y causa esfuerza,
Querer que se reciba á pura fuerza
Aquello que consiste en albedrío;
Y si algo vale en esto el voto mio,
Vuestro robusto brazo no se esfuerza
Por entender que al blanco blanco miran,
Pues no es sino amarillo adonde tiran.

Este es adonde libran su tesoro,
Y no en librar las almas de pecado;
Por este de sus venas se han sangrado:
Tanto con ellos pueden las del oro;
Por este, mas que el turco, inglés y moro,
Sulca la tierra y mar el baptizado,
Por este negará sus padres mismos,
Y bajará por este á los abismos.

Por este y no por mas nos hace guerra,
Y si la paz pretende que le demos
Es solo porque deste le saquemos,
Abriendo las entrañas de la tierra;
Por este con castigos nos atierra,
Por este, que es su fin, usa de extremos,
Y por tener sus manos deste llenas
Mirad lo que secuta en las ajenas.

»No sé que mas os diga, ni lo siento,
Aunque para moveros, araucanos,
Bastara verme, cual me veis, sin manos,
Que es el mayor motivo y argumento;
Solo vuestro provecho es el que intento,
Y cuantos yo tuviere salgan vanos,
Si para mí no tengo que os alcanza
La parte principal de mi venganza.

»A todos toca mas que á Galbarino;
Volved por el honor que en vos se encierra,
Haciendo al enemigo cruda guerra,
Que yo abriré sin manos el camino;
Y cuando nos faltare buen destino,
No faltará á pesar de cielo y tierra
Contra cualquiera daño y mala suerte
El último remedio de la muerte.»

»En este punto el Indio desangrado
Quebró de su decir el tierno hilo,
Porque de sangre falto, y no de estilo,
Al duro suelo vino desmayado;
Nosotros, dando allí por apagado
De su vital antorcha ya el pabillo,
Saltamos condolidos á tenello,
Alzándole de tierra el laso cuello.

»Mas luego, restañándole de presto
Aquella poca sangre que tenia,
Sentimos que la llama revivia
En el calor que dió señales desto;
Que para echarle el alma de su puesto
Golpe ninguno dado se le habia,
Y así, fué darle vida facil cosa,
Aunque la tuvo entonces peligrosa.

»Ninguno allí se halló tan duro pecho,
Con ser de todos casi aborrecido,
Que, viéndole, no fuese enterrecido,
Y en interiores lágrimas deshecho.
Quedando con la cruz de deste hecho,
Todo lo que era trato de partido,
Por general sentencia y comun voto,
Disuelto, cancelado, nulo y roto.

»Y fué por todos juntos acordado
Que luego, sin que mas se dilatase,
Contra el osado joven se juntase
Todo el poder inmenso del Estado;
Envio sus mensajeros el Senado,
Y á mí me cupo en suerte que os buscase,
Para que de camino juntamente
Pudiesemos venir haciendo gente.

»Hase cumplido bien de parte mia,
Sin permitir un punto descuidarme,
Ni en tan prolijo curso repararme
Un tanto á desfogar la fantasia;
Van acudiendo tantos cada dia,
Que debe ya de estar, sin enganarme,
Ejército bastante en la campaña
Para llevarse en peso á toda España.

»Y aun antes que á buscaros me partiera,
Al eco solamente del zumbido
Tal número de gente habia venido,
Que en hombros al Olimpo sostuviera,
Toda tan arrogante, brava y fiera,
De corazón tan grande y atrevido,
Que el que las da menores, da señales
De hacellas con el dedo en pedernales.

»Mas entre todos sale y se descuella,
Se muestra, se descubre, se levanta,
Como con la pequeña humilde planta
El encumbrado cedro junto della,
Un mozo que no estima en lo que huella
Lo que á los mas intrépidos espanta,
Ni piensa que hay poder en tierra ó cielo
Para poder tocallo en solo un pelo.

»Molchen se dice el jóven descubierta,
Hijo, según algunos, de Lantaró,
O como quieren otros, nieto caro
Del inclito Ainavillo, en Maulé muerto;
Pero lo que se tiene por mas cierto
Es que Pereguelen, el viejo claro,
Le tuvo en la bellissima Glaróa,
De que ella misma dicen que se loa.

»Mas ora le hayan otros cogendrado,
Ora de alguno destes lo haya sido,
A todos puede ser atribuido,
Honrándose con él el mas honrado;
Y siendo tan de cuenta y señalado,
La causa porque dél no se ha sabido
Es por haber estado siempre oculto,
Cubriendo de los padres el insulto.

»Porque la madre, es público en Arauco,
Que estando deste bárbaro preñada,
Fué con el viejo adúltero hallada,
De su marido el principe de Rauco;
Y que por ser su deudo Millalauco,
No fue por el paciente repudiada,
Que anduvo por matar al niño muerto
Aun antes que saliese el parto al puerto.

»Pero la astuta hembra tuvo modo,
Que nunca á la mujer le falta en esto,
Con que Molchen en salvo fuese puesto,
Y ella sacase libre el pié del lodo;
Que saben darse maña para todo,
Y en el mayor peligro, así tan presto
Se hallan el remedio que es mas sano,
Como si le tuvieran en la mano.

»Y es que naturaleza en cualquier obra,
Como la perfeccion que puede, esmalta,
Lo que por una parte en ellas falta,
Por otro lo repara, suple y sobra;
Pues como en las mujeres flacas obra
Aquella inclinacion de caer en falta,
Segun habian de dar los tropezones,
Así las proveyó de los bordones.

»Crióse pues secreta la criatura
En un lugar bien lejos del nativo,
Hasta que el triste padre putativo
Murió dos meses ha de pena pura;
Que entonces por la madre, ya segura,
Fué luego descubierto el mozo al vivo,
Haciéndole ella siempre compañía,
Porque sin él no ve la luz del dia.

»Mas como le informase un mensajero
Del apercebimiento bullicioso,
No pudo sosegarse de orgulloso
Hasta que se arrojó tras Marte fiero;
Llegó la madre casi á lo postrero,
Sobre mudar su intento peligroso,
Mas no le aprovechando cosa alguna,
Le quiso acompañar en su fortuna.

»Hale seguido siempre en el viaje,
Y agora, yo presente, en el Senado
Se presentó el manco por soldado,
Sin interés de sueldo ni de gaje,
Mostrando estilo, término y lenguaje,
Tan rico, tan cortés y tan cortado,
Que al paso que llevaba en sus razones,
Iba trayendo á sí los corazones.

»El veinte de su edad agora empieza,
Mas tiene de la cresta al suelo un salto,
Que puesto con Lincoya aun es mas alto,
Y saca de los otros la cabeza;
Pero mirado junto y pieza á pieza,
A nadie ha parecido en cosa falto,
Por ser de proporcion tan acabada,
Que puede por milagro ser mirada.

»No menos es airoso que derecho,
De rostro y pensamiento levantado,
De nadie, sino de hombros derribado,
Es de espaciosa espalda y alto pecho,
Ancho de voluntad, de cinta estrecho,
De piés y de razones abreviado,
De esquivia condicion, de intento noble,
Y de sencillo trato y fuerza doble.

»Mas hay en tanto bien un mal terrible,
Que un mal entre mayores bienes cabe,
Y es que su mucho bueno se lo sabe,
Teniendo el ser mejor por imposible;
Fuera de que enojado es insufrible,
Porque si empieza, no hay hacer que acabe,
Y ora siga razon, ora la huya,
Ha de salir en todo con la suya.

»Es hombre de gratísimo semblante,
Mientras sin ira está; mas si se aira,
Asombra con mirar á quien le mira,
Atrapellando cuanto ve delante;
Tan duro, incorregible y arrogante,
Que donde ya una vez pone la mira,
Sin reparar adonde va la jara,
Aprieta los pulgares y dispara.»

»Talgueno, que con grata y sesga frente,
Al primo Pilcoaur escucha atento,
Responde interrumpiéndole su cuento:
«¿Qué cosa habrá perfecta enteramente?
Qué tal salud se vio sin accidente?
Qué descansada vida sin tormento?
Qué cielo tan barrido y espejado
Do no parezca mancha de nublado?»

»Sin duda aquel Autor, cualquier que sea,
Que da y ha dado ser á toda cosa,
Pintar ninguna quiere tan hermosa
Do no haya algun horror ó mole fea,
A fin de que por esto el hombre vea
Cómo es su mano en todo poderosa,
Pues le limita el ser, la vida, el modo,
Y el solo, en sí, por sí lo tiene todo.»

»Así Talgueno dice, y al instante
El bravo Tucapel diciendo salta:
«No sé por qué razon te dan por falta
Ser ¡oh Molchen! soberbio y arrogante;
No siendo tu cimientio tan bastante,
No fuera bien hacer torre tan alta,
Pero si tanto ahondas cuanto subes,
Seguro puedes ir hasta las nubes.»

»Pues anda todo agora tan perdido,
Y á tanta confusion el mundo viene,
Que un hombre en la figura que se tiene,
En esa de los otros es tenido;
Y tanto ya la envidia se ha extendido,
Que quien de ajenas laudes se mantiene,
No haciendo de las propias su comida,
Ayuno se estará toda la vida.

»Así que yo no culpo ni condono
Al que, estribando en lo que el mozo estriba,
Tuviere condicion de suyo al vivo,
Que en quien lo puede todo, todo es bueno;
Antes me cuadra y llena tanto el seno
Un proceder soberbio y muestra esquivia,
Que su mayor desden y confianza
Sustentaré por digna de alabanza.

»Holgara de tenerle por amigo,
Y procurara serlo, si no fuera
Por entender lo mal que me estuviera,
Habiendo sido el padre mi enemigo;
Y cierto me pesara si conmigo
En algo neciamente se pusiera,
Porque pudiendo ser tan buen soldado,
No fuera deste mundo malogrado.»

«Cesad agora deso, amado mio,
Le dice, regalándole Gualeva,
Pues luego que de vos tuviere nueva,
Abajará la cólera y el brio;
Y cuando ya con loco desvario
Venir quisiere el misero á la prueba,
Le pagaréis el daño de la muerte
Con darsela por ese brazo fuerte.»

»No dicen ambos mas, que Pilcoaur
En gloria de Molchen, así replica:
«Si es cierto lo que dél se certifica,
Bien puede, perdonadme, estar seguro,
Porque jamás se ablande el pecho duro
De aquella que mis penas glorifica,
Sino pregonan del hazanas tales,
Que nunca las oyeron los mortales.»

»De un hombre supe yo que lo sabia,
Que aun cuando de los quince no pasaba
Al tigre y al leon desquijaraba,
Y al bravo toro al yugo sometia;
Al potrero mas indómito que via,
No con mayor industria sujetaba
Que con ponelle piernas y apretallo
Hasta que no pudiese meneallo.

»Pues no es menor la fama de ligero,
Antes publican serlo en tanto grado,
Que tiene con el ciervo y el venado,
Y aun va, si quiere, á veces delantero;
Mirad si para ser tan buen guerrero
Como cuantos vimieren y han pasado,
Que merecieron ser llamados Martes,
Tiene el osado mozo buenas partes.

»Y si esto de sus tiernos años cuentan,
Mirad en la robusta edad presente
Lo que será; un asombro de la gente
Y un pasmo á los que mas se desatentan.
Bien puede ser que en algo desto mientan;
Yo digo lo que dicen solamente,
Mas breve quedaremos satisfechos
De si los dichos dicen con los hechos.

»Agora pues que ya yo tengo dada
La cuenta que por vos me fué pedida,
Manifestando el fin de mi venida,
Es justo me la deis de vuestra estada.
»Calló con esto y fuéle relatada
La historia que yo tengo referida
De Tucapel, Talgueno y de Quidora,
Queriendo ser Gualeva relatora.

»Dejó maravillado al mensajero
El áspero discurso de la historia.
Aunque le fué despues crecida gloria
Saber el venturoso paradero:
»Callaban todos, cuando el ganadero
Les trujo, por su fin, á la memoria
El sueño del dragon y cneva oscura,
Pidiendo que se viese la soltura.

»A todos agradó lo que pedía,
Por ser á peticion de su deseo,
Y mas por entender, á lo que creo,
Que el sabio Pilcoaur lo entenderia;
Y así, determinado que otro dia
Partiesen todos cuatro y el correo,
Instaron que de nuevo propusiera
Quidora la vision que vió postrera.

Ella, por darles gusto vino en ello,
Tornando á proponelles el problema,
Sobre que cada cual con ansia extrema
Mil cosas entendió sin entendello;
»Hendieran de sutiles un cabello,
Pero el que mas agora en esto rema
Ese camina mas á lenta hoga,
Y en mar de confusion al fin se ahoga.

»Alguno en su discurso parecia
Haber interpretado alguna cosa,
Mas cotejado el texto con la glosa,
En mucho de lo dicho desdecia:
»Por donde en mas en todos se encendia
La gana de saberlo cudiciosa,
Yes porque, mientras mas en algo duda,
La hambre del ingenio es mas aguda.

»Guemapu que los mira deseosos,
Y el que tambien extremo lo desea,
Les dice: «Puede ser que mi Llara,
Arrimo de mis años tremulosos,
Que suele para sueños misteriosos
Tener una especial y viva idea,
Acierte, aunque mujer, en el sentido
De lo que tantos hombres no han podido.»

»Aunque salir agora la muchacha
Sospecho que será á disgusto della,
Que como casi nadie suele vella,
En viendo en casa huéspedes se empacha;
Lo cual entiendo yo que no es la tacha,
Sino la perfeccion de la doncella,
Y es porque la vergüenza en todo caso
Es la mejor vasera de su vaso.

»Mas yo procuraré, como ello os cuadre,
Que el natural temor y su vergüenza,
Aunque le llegue al ánima, se venza,
Por acudir al gusto de su padre.
»Rogáronselo todos, y la madre,
Dejando de las manes una trenza
Que para su pastor tejiendo estaba,
Ligera obedeció lo que él mandaba.

Fuése derecha al último aposento,
Adonde la zagala residía,
Que á la sazón un tierno llanto hacia,
Por ver á su (62) Palquin en detrimento;
Y por hacer menor su sentimiento,
Tendido en su regazo le tenía,
Donde si de razón el perro fuera,
Su mal por tanto bien agradecería.

Mas luego que le dijo la pastora
Como su caro padre la llamaba,
Se levantó del suelo donde estaba,
Limpiándose las lágrimas que llora;
Ya sale, ya la ven, ya se colora,
Ya la serena vista en tierra clava,
Ya para, ya camina, ya tropieza,
Ya de puro corrida se endereza.

Llegóse al fin haciendo su mesura
A los guerreros bravos, que de vella
Se quedan tan turbados como ella,
Por ver tan acabada hermosura;
Contemplan elevados su figura,
Y dicen entre sí colgados della
Que tanta perfección belleza y gala
De mas debe de ser que de zagala.

Las dos Quidora y Guale, que en un punto
La miran y se miran sin hablarse,
Tornándola á mirar para gozarse,
Y apacentar la vista en su trasunto,
Dicen callando: «¿ Bien tan grande junto
En un rincón pajizo ha de encerrarse?
Mas antes él es digno de tenerla,
Que dentro de la concha está la perla.»

Alabánsela al padre dignamente,
El cual de gozo el ánimo bañada,
Dice á la hija el fin por que es llamada,
Habiendo ya besádola en la frente;
Mas ella en regalada voz doliente:
«¿Cómo estaré, le dice, para nada,
Habiendo trastornádome el sentido
El ver á mi Palquin tan mal herido?»

Bajó diciendo así los ojos bellos
Para que se abrasase el suelo frío,
Dejando al aire diáfano vaeo
Del lleno resplandor que daban ellos;
Y como por la clara aurora dellos
Vertiese algunas gotas de rocío,
Que daba el fresco abril de sus mejillas,
Como al amanecer las florecillas;

Sintiólo mucho mas la niña tierna
Cuando en su busca vido que salía
El perro, de quien tanto se dolía,
Gimiendo y arrastrando con la pierna;
Mas luego resonó la voz materna,
Hablando con aquella compañía,
Sobre que no les diese mucho espanto
De ver que su Llaré llorase tanto.

«Porque sabed, les dice la pastora,
Que si es para las niñas este oficio,
No debe parecer en ella vicio,
Pues cumple, cuando mas, los trece agora;
Fuera de que también mi hija llora,
El interés que pierde y beneficio
Si el tierno cachorrillo se muriera,
Que nunca tal desman el cielo quiera.»

«Pues él en todo tiempo la acompaña,
Él de los otros perros la defiende,
Él, si la deja alguna vez, entiende
En trastornar el campo y la montaña;
De donde vuelve presto á la cabaña
Con el zorzal ó tortola que prende,
Y aun mas de cuatro veces le ha traído
Entero con sus pájaros el nido.»

«Y cuando llega el tiempo del verano,
Que cogen ya los cándidos panales,
El va con los pastores y zagales,
Y se lo trae en la boca entero y sano;
El nunca ha de comer por otra mano,
Que si se pasa un sol y dos cabales,
Ayuno se estará, como él no vea
Que come por la mano de Llaré.»

«Mirad si con razón la zagaleja
Hace por el cachorro sentimiento,
Que, como si tuviera entendimiento,
Agora de sus males se le queja.»
Apenas acabó la simple vieja,
Cuando Talquen les hace juramento
De no salir de allí sin que sanase,
Con tal que la vision interpretase.

Con esto la zagala satisfecha,
Pidió que el sueño fuese relatado,
Para que, siendo della declarado,
La escura cifra del fuese deshecha;
Mas porque ya la cena estaba hecha,
Les pareció á los padres acertado
Que todo hasta despues se diriese
Para que al gusto nada interrumpiese.

Determinado así, por ver que es hora,
Comienzan á cenar, y en acabando,
Se pone en gran silencio todo el bando,
Atentos al enigma de Quidora;
La cual su voz levanta, mas ahora
La quiero yo bajar, considerando
Que ni es á la salud ni al gusto buena
La música pesada sobre cena.

CANTO XVIII.

Donde, con ocasión de interpretar Llaré el misterioso sueño,
toma la mano el autor, arrebatándole el cuento de la boca, á
cantar la felice victoria que del inglés Richerte Aquinos se alcanzó
en la mar del Sur, siendo ya marqués de Cañete y visorey del
Pirú el Gobernador de quien la historia trata, en cuyo tiempo
fué ganada esta primer batalla naval en este mar. Llega el canto
hasta que don Beltran de Castro y de la Cueva, á quien el Mar-
qués encomendó la jornada, sale del puerto.

«Oh falso emperador, monarca indio,
Señor universal, comun tirano,
Oh pérfido interés y cuán temprano
Echas tu marca al pecho femenino!
Tan presto las enseñas tu camino,
Que en viéndolas andar les das la mano,
Porque de chicas hechas á tratarte,
No puedan cuando grandes olvidarte.»

Pudiera yo, en razón de confundirte,
Ponerte á medio mundo por ejemplo,
Mas yo no sé, interés, porque me templo,
Pues todo entero se que da en seguirte;
No hay hombre que no guste de servirte
Y perfumar las aras de tu templo,
Teniendo en el colgado sus despojos,
Y á ti sobre las niñas de sus ojos.

Pudiera, digo, pues, hacer probanza
De la verdad llanisima que digo,
Trayendo en esta causa por testigo
A cuanto con su vista febo alcanza;
Mas bien me sacará de la fianza
El canto que dejé y agora sigo,
Adonde la bellisima Llaré
Temprano se vistió de tu librea.

Sin tí ninguna cosa fué bastante,
Ni el caro engendrador ni madre cara,
Para que la vision interpretara
Ni para alzar del suelo su semblante;
Mas luego que, interés, te vió delante,
Con señas de placer mostró la cara,
Pues que por la salud del perro herido,
Bailó, cual dicen dél, á tu sonido.

Alegre pues la bella pastorcilla,
Al fin como mujer interesada,
Despues de estar la gente sosegada,
Atenta oyó la extraña maravilla;
Y luego con la mano en la mejilla,
Como en profundo sueño sepultada,
Y alguna vez moviendo la cabeza,
Se estuvo trasportada grande pieza.

Pero despues que, vuelta en su sentido
Del arrebatamiento que tenía,
Frenó la desbocada fantasia,
Que ya tan adelante habia corrido,
Con rostro demudado y encendido,
Tanto que no ser ella parecia,
Así soltó la lengua represada,
Tras un raudal profético llevada:

«Milagros nuevos, raras extrañezas,
Terribles casos, hechos prodigiosos,
Portentos inauditos y espantosos,
Hazañas peregrinas y proezas,
Heróicos brazos llenos de grandezas,
Osadas manos, pechos valerosos,
Con otras grandes cosas hay cifradas
En esas breves sílabas preñadas.»

«Por esa gruta negra se denota
Un ángulo del mundo, allá una tierra,
Llamada por las gentes Inglaterra,
Que en torno el ancho mar ciñe y escota;
La cual porque le ponen cierta nota,
De que en la falsa fe que sigue yerra,
Estando en sus errores ciega y dura,
Se figuró tan lóbrega y escura.»

«Por ese fiero drago ha de entenderse,
Quidora, un grande inglés, un gran pirata,
Que con la sed hiposa de oro y plata,
Por un estrecho mar querrá meterse;
Y muchos que tras él han de moverse,
Para matar la hambre que los mata,
Son los alados grifos que tú vias,
Mas ávidos que vientres de harpias.»

«Y habésete, Quidora, figurado
En aves de rapiña solamente,
Misterio tiene, y es que aquella gente
Da siempre tras lo puesto á mal recado;
Que su alimento en eso está librado,
Y deso vive, aunque es costosamente,
Pues siempre traen las vidas al tablero
Sobre una tabla frágil y madero.»

«El venturoso lance y rica presa
Que hizo aquel dragon parando el vuelo
Es un despojo grande que este suelo
Dará, por su descuido, á gente inglesa;
Esto será, mas no con tanta priesa
Que treinta y siete vueltas no dé el cielo
De las con que se cumple cada un año,
Primero que nos dé la deste año.»

«Haráse en Mapochó la rica pesca,
Porque será de (63) veinte mil dorados,
Con otras diferencias de pescados,
Mas no sabrá el inglés lo que se pesca;
Que allí estará perdiendo el aura fresca
Y dando larga cuerda á sus soldados,
Que no la dar le fuera mas cordura,
Pues desto ha de nacer su desventura.»

«De allí se irá despues con tal reposo,
Que pueda en un patáj Valparaiso
Enviar quinientas leguas el aviso
Al visorey de Lima poderoso,
Primero que el corsario perezoso,
De asegurado intrépido y remiso,
Acabe de salir al mar abierto,
Por irse á su placer de puerto en puerto.»

«Irá sin prevencion de lo futuro
Sondando sirtes, vados y bajos,
Y sin dejar quemados los navios,
Por dallos en rescate de oro puro;
Que si les diera fuego bien seguro
Con pasos perezosos y tardios
Y sin contradiccion de cosa alguna,
Pudiera proseguir con su fortuna.»

«Que si ha de ser su pérdida causada
De que se dé al Virey aviso dello,
No les dejando vaso en que traello,
Tuviera la ganancia asegurada;
Pero su condicion de levantada
Tendrá como en estima de un cabello
Que venga á sus orejas este robo
Hasta que se las haya visto al lobo.»

«Parecerá al pérfido britano
Ser imposible haber en Lima fuerza
Que de su paso mínima le fuerza
O pueda hacer su curso menos llano;
Pues nunca habrá podido el peruano
Echalle de sus términos por fuerza,
Y ser en general su rica gente
Para naval conflicto insuficiente.»

«Esforzará el descuido fuera desto
Para que no apresure el lento paso
La torre y casa fuerte de su vaso,
Bastante á todo el mundo en contrapuesto;
Y el entender que si hay en Lima puesto
Do alguna guarnicion se encierre acaso,
Ni municion tendrá ni artillería
Que para ver su nao le dé osadía.»

«Mas dado que hasta entonces haya sido
Del modo que el inglés ha de entenderlo,
A la sazón irá engañado en ello,
Porque tendrá ya Lima otro marido;
Que sobre cuantos ha de haber tenido
Así levantará cabeza y cuello
En componella toda y adornalla,
Que por milagro vengan á miralla.»

«Este ha de ser el jóven que al presente
Quiere tentar los pulsos del Estado,
Que habrá subido á mas sublime estado,
A trono y á lugar mas eminente;
Virey será de título excelente,
Y heredará un ilustre marquesado,
Aunque esto y mas en él tendrá por menos,
Segun serán sus méritos de buenos.»

«Así lo va explicando la pastora,
Cuando Talquen diciendo la detiene:
«¿ Qué bien lo que del jóven dices viene
Con lo que del soñaba mi Quidora!
Es á saber, que el cielo desde agora
Dispuesto para grande bien le tiene,
Pues ella en sueños dice que le via
Cual tú le estás mirando en profecía.»

«Yo no reparo en esto ni le envidio,
Responde Tucapel, su buena suerte,
Sino que por no darle yo la muerte
Se vaya desta guerra y su presidio;
Este es el pensamiento con que lidio,
Y para mí de todos el mas fuerte,
Que salga vivo un hombre deste suelo
Do tuvo por contrario á Tucapelo.»

«Tú sientes, dice luego su querida,
Que se te escape á fuerza de los remos,
Y á mí me affige el cómo quedarémos,
Si bien ó mal despues de su partida;
Mas tengolo por plática perdida
Que mas sobre este punto platiquemos;
Mejor será dejallo por agora
Para que así prosiga la pastora.»

«Calló por esto el bárbaro atrevido,
Y todo á su callar quedó callado,
Mas yo que mientras todos han hablado
He solo sus razones atendido,
Por las de la zagala he colegido
Que lo que entonces fué profetizado
Es lo que agora acaba de cumplirse,
Si pudo bien tan grande predecirse.»

«Porque notado el tiempo adonde apunta,
Y en especial decir la profecía,
Que gobernando en Lima don García,
El drago había de dar aquella punta;
Parece que uno y otro bien se junta
Para sacarme adonde yo quería,
Hallando que el vencido inglés de agora
Es el que dijo entonces la pastora.»

«Por donde solo yo sin su concurso
Ni haberla menester de aquí adelante,
Explicaré del sueño lo restante,
Llevando un apacible y facil curso;
Que para no salir de mi discurso
Fué necesario enredo semejante,
Con que ni del Pirú las cosas dejo,
Ni de mi Chile, que es el fin, me alejo.»